

Una comedia humana de bolsillo

Ricardo Gullón

El ingenio de Antonio Pereira, híbrido de galaico y leonés, le acompaña una capacidad expresiva que le permite decir lo que quiere y de la manera que se le antoja. Como cuentista sí tiene par, y aun pares, pero muy en lo alto de la pirámide; sus nombres: Cortázar, Borges, y en el ruedo ibérico Benet, Campos. No digo que se les parezca; digo que vive en su vecindad.

Pues bien, el señor Pereira (don Antonio), bailío de Papalaguinda y zonas adyacentes, ha reunido en volumen una colección de historias, crónicas y apuntes misceláneos en que salen amigos, conocidos y entreverados. A lo mejor tenía razón don José Ortega y Gasset cuando aseguraba que eso de los géneros literarios no tenía vigencia; al menos yo no sé bien si los capítulos de *Reseñas y Confidencias* (Cuadernos de la Calle del Pez, León, 1985) son cuentos o cosa que se le parezca. Me inclino por lo segundo, aunque si cuento viene de contar la verdad es que aquí cuenta sin tacañería.

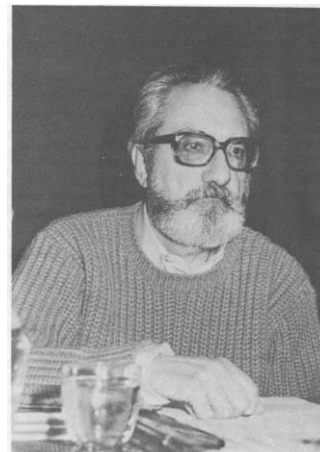
Y aún diré más: en uno de esos aparatos narrativos el abajo firmante aparece como tema de conversación entre Pereira y Borges, y más adelante se dedican unas páginas a cierto brindis que él mismo propuso hace años a los amigos que le obsequiaban con un cocido maragato de diez carnes para empezar y caiga el que caiga.

Quiere decirse que el narrador me convierte en personaje de sus figuraciones, que lo son aunque "el referente" sea el propio sujeto que pergeña este comentario. Obsérvese la duplicación y véase cómo se produce: el texto es espejo donde el lector se encuentre. ¿Parecido? Más diré: embellecido por el arte y la gentileza del autor. Don Antonio, que es un caballero con bolígrafo en lugar de tizona, ha escogido el momento en que su amigo alza la copa por España para grabar lo que entonces se dijo.

El lector reflexiona, o sea, se vuelve sobre sí y entiende que a lo trivial del acto le puso el escritor significación, y, más a la larga, sentido. Frente a la imagen desnuda, sin la intervención de quien ambienta y describe la escena, yo no llegaría a ver lo que veo en la instantánea un poco desvaída del cercano

ayer.

De "Reseñas" se califican en el título estos ejercicios en dramatización y, por si acaso, para no negar cuanto de personal las penetra, se añade como complemento o alternativa la denominación "confidencias". Aquí está el quid de la cuestión: el autor se ficcionaliza e incorpora a las narraciones por selección y redacción, por palabra y estilo va instalándose en el texto como actante y como hacedor del conjunto. ¿Serán los personajes invención suya? En todo caso no tiene más sustancia que la autorial. Sí, según dijo el gran andaluz, (muy a otro tenor, lo reconozco), los dioses no tenían sustancia más allá de la que él poseía, sospecho que López Anglada o Cristóbal Halffter, Dalmiro y Elena pongo por ejemplos, tienen en esta galería la densidad y el perfil que a Pereira se le antojó darles. Fuera del texto viven a su aire, pero en él no van más allá de donde el autor les lleva.



Sus propensiones léxicas le inclinan a utilizar el lenguaje hablado, en sus términos y en sus giros; prefiere lo oído a lo leído, y no se le olvida desechar los vulgarismos disonantes. Esta prosa suena y quien al leer la oye también la saborea. El verbo se contiene en límites de fácil reconocimiento, y pienso si este saborear y hacer sabrosa la palabra no le vendrá de vivir y soñar en una avenida de nombre frutal y sonoridad silábica -que a Jorge Guillén le causaba "no sé qué irónico regocijo"-. La anecdotilla, recogida por el autor en páginas deliciosas, despliega una gracia popular muy bien servida por el modo de contar y por el acierto de enmarcarla con destreza de bien entrenado metacuentista. (En otro libro, "Las erotecas infinitas", anticiparon un sugestivo testimonio de esta habilidad).

Además de lo dicho, conviene registrar dos o tres cosas interesantes (una de ellas, definitoria). Pereira, en cuyo arsenal no faltan las armas de la poesía, es hombre recatado que no gusta de exhibir sus instrumentos; el lirismo, presente en más de cuatro de sus estampas, no recarga la prosa, ni prefiere la "prosa poética" a la muy cotidiana y sencilla. La poesía va por dentro, alimentando desde fuentes y conductos soterraños la textura con que el lector comunica. Que la oralidad del tejido verbal no le engañe: escuche mientras lee, y oirá el rumor de un corazón delicado.

Si ya sabemos quién es el protagonista de las reseñas confidenciales y si el título nos ha avisado del carácter del mensaje, nada tan lógico como encontrarlo regido por la delicadeza, la generosidad y el humor, notas por las

que su inventor se declara.

Pues otro de los puntos de obligado registro en el comentario es la operatividad del humor en las invenciones de Antonio Pereira (la cumbre: "El ingeniero Balboa", leader de anterior volumen), un modo de ver y crear su realidad, la comedia de la vida contemporánea. Siendo comedia, etc., oscila entre lo tierno y lo irónico. O mejor, sustantivado, entre ternura e ironía. Alguna vez lo he dicho: el texto ilumina al autor, como si la voz fuera portadora de luz.

De propósito o no, lo escrito tiene cierta semejanza con una comedia humana (a escala reducida y con minúscula), compuesta de ingredientes variados: una parte de la sociedad actual fue captada en momentos y actitudes seleccionados por un agente benévolo y, aún diría, generoso. A este punto quería yo llegar. Tal es el punto de arribada -y no forzosa- previsto desde el momento de plantear este comentario. ¡Qué mundo curioso y variado el de esta pequeña comedia! ¿Ven ustedes por qué al maese Pedro del Retablo le calificué de protagonista? El escogió los momentos y los sujetos, al manipularlos se los apropió, sin posibilidad de disentimiento (al menos en el texto), ni de evasión.

Sabemos que la comedia está constituida por una sucesión de escenas; dos líneas pueden bastar al personaje para definirse en la suya, como lo consigue el Dr. Teófilo Hernando, gran maestro cuando dice a quienes alecciona: "-A este enfermo, por qué no prueban ustedes a dejarlo en paz y no darle nada..." De todas las escenas prefiero la que describe "Una fobia de don Jorge Guillén", cerrada sobre sí y con un miniargumento delicioso. En ella, como la conversación con Borges (y muchas más) el autor, doblado en personaje, desempeña su papel con gracia y buen humor, inventor y dialogante simultáneamente, lo cual si no es ser juez y parte en el asunto se le parece bastante.

Reseñas y Confidencias lleva "a modo de prólogo" una entrevista de Pereira con Sabino Ordás, el viejo escritor exiliado largos años, uno de los pocos hombres (suponiendo que haya otros) capaces de vivir como propio el ministerio de la Trinidad. No es floja afirmación. En esta entrevista los interlocutores consiguen situarse ante el lector como los seres humanos agudos y sociables que son. Por ahora y en espera de distinciones más señaladas, a la ya conferida a don Antonio, de Bailío de Papalaguinda, propondré a don Sabino para el condado de Ardón, acompañados ambos de grandeza leonesa.